

Resumen del I Simposio «España y la II Guerra Mundial»

Durante los días 13, 14 y 15 de octubre, y bajo el patrocinio de la Fundación José Ortega y Gasset y del Comité Español para la Historia de la Segunda Guerra Mundial, se ha celebrado en el Centro Ortega y Gasset, de Madrid, el I Simposio «España y la Segunda Guerra Mundial».

Debido fundamentalmente a la reciente apertura de los fondos documentales referentes a estos años que se guardan en los archivos nacionales, la historiografía española ha tardado un tiempo considerable en abordar el estudio de este período, contrastando con la labor realizada en otras naciones europeas. Hasta hace poco tiempo eran escasos los trabajos científicos realizados, dejándose la labor a publicistas de calidad varia. Sin embargo, en los últimos años, hemos visto surgir importantes aportaciones que nos han permitido avanzar considerablemente en el conocimiento de un período trascendental de la historia de España, período que determinó la suerte de los españoles en los años siguientes.

Este primer simposio nace de la necesidad de reunir al ya considerable número de investigadores interdisciplinares que trabajan en el estudio de la Segunda Guerra Mundial, para contrastar pública y co-loquialmente los resultados de sus trabajos, a menudo muy especializados, y perfilar las líneas rectoras de la política española durante la contienda mundial.

El simposio se inauguró con una ponencia de VÍCTOR MORALES LEZCANO titulada *Las causas de la no beligerancia española reconsideradas*. En ella planteó la posición de España ante la guerra en sus primeros

meses, cuando parecía que su fin estaba próximo y el vencedor seguro. Para Morales Lezcano, el estatuto de no beligerancia de España no puede ser entendido, en estos primeros meses de guerra, solamente por «el apartamiento geográfico de la Península, su estado de indefensión militar, el agotamiento interno», sino que hay que entenderlo a la luz de la convicción reinante en España sobre la rápida y segura victoria nazi junto con la abierta simpatía por este régimen. A su juicio, la no beligerancia española, al igual que previamente lo había sido la no beligerancia fascista, era un primer paso hacia una plena participación que se declararían cuando los costes militares y económicos fuesen menores. El fracaso de la guerra rápida y la auténtica incapacidad española para entrar en la contienda obligaron a Franco a mantener una ambigua política de neutralidad, olvidando inevitablemente la idea de participar en la guerra y sobre todo de acceder al reparto del botín.

La comunicación presentada por JOSÉ ALFONSO DURANGO, *España y el estallido de la Segunda Guerra Mundial*, insistió en el mismo tema tratado por Morales. Durango partió, acertadamente, de los momentos finales de la guerra civil española, cuando se diseñó la política exterior del nuevo régimen, que se caracterizará por su «inserción política en la órbita alemana». La necesidad de un respaldo exterior a la España nacional, la coincidencia ideológica entre ambos regímenes, los éxitos militares alemanes y el nacionalismo son, a juicio de Durango, los factores que deter-

minaron la política exterior de Franco. El desarrollo de la guerra, la abierta simpatía manifestada a favor del Eje, junto con su incapacidad material para entrar en la contienda, la llevaron a una actitud «zigzagueante, que no equidistante, entre los contendientes», privándose de «todas las ventajas políticas, económicas y estratégicas que podía haber ofrecido una postura de neutralidad estricta».

ANTONIO MARQUINA BARRIO, en su ponencia *España y los planes militares aliados*, realizó un interesante recorrido por los distintos planes confeccionados por los Estados Mayores aliados, tras la entrada de Estados Unidos en la guerra, referentes a una posible invasión de España.

Con anterioridad al conocido plan Torch, los distintos estudios realizados por los aliados concluyeron que una invasión de la península no era recomendable por no ser de interés esencial, por la escasez de beneficios y por el coste en material y tiempo de la operación. Convenía, por tanto, limitarse a una actividad diplomática—definida como «chantaje» en varios momentos del simposio— para evitar la entrada de España en la guerra.

Tras la operación Torch, se volvieron a preparar nuevos planes, llegándose a las mismas conclusiones. Sin embargo, y ésta es una aportación importante del profesor Marquina, fueron «preparados algunos borradores para prevenir la posibilidad de una invasión del Eje en España. Ninguno de los borradores —plan de 36 divisiones, cabeza de puente en el sur de España— era satisfactorio, tanto por las carencias materiales existentes como por la envergadura de las operaciones, que obligaría a posponer indefinidamente la invasión a través del canal de la Mancha, la operación decisiva». Si ante la negativa de Franco a entrar en la guerra Hitler hubiera invadido España, los aliados no hubieran podido hacer nada para impedirlo.

Resumiendo la exposición de Marquina, podemos concluir que la Península Ibérica no era un teatro de operaciones decisivo, sino secundario, siendo interés principal evitar que no se convirtiera en decisivo. Había que conseguir que la guerra no llegase a la península y que la entrada del Mediterráneo quedase expedita.

La comunicación presentada por TOMÁS

MESTRE, *El divorcio preparación/preensiones de Alemania*, supone una de las escasas contribuciones del simposio a una historia de Alemania durante la contienda. Para Mestre, «Hitler previó la guerra, pero ni quiso ni previó un conflicto generalizado. Sus planes se limitaban a una concatenación de guerras limitadas en el espacio y breves en el tiempo, tiempo y espacio que serían en lo esencial programados por Alemania». Hitler no contaba con un nivel armamentístico suficiente para mantener una guerra generalizada, pero sí contaba —siempre a juicio de Mestre— con los medios para conseguirlo. El problema residía en exigir sacrificios a la población y movilizar recursos en el momento oportuno. El error de Hitler, error que le llevó a perder la guerra, fue el no prever en 1940 los acontecimientos de diciembre de 1941: contraofensiva soviética y entrada de Estados Unidos en la guerra. Si durante 1940 hubiese aumentado su capacidad armamentística y no hubiese ordenado disminuir durante 1941 dichos niveles con relación a 1939, el desarrollo de la guerra podría haber sido muy distinto. Sólo a partir de 1943 Alemania forzó su maquinaria de producción en el terreno armamentístico hasta llegar a su máximo rendimiento. «Ello —concluye Mestre— permitió retrasar la derrota, pero ya no hacía posible la victoria. Un esfuerzo similar o incluso menor, pero a tiempo, habría asegurado la victoria del Reich en Europa como un todo, en el conjunto mediterráneo y Oriente Medio. La guerra habría proseguido contra el hemisferio americano, pero con la nueva geopolítica el resultado ya sólo lo hubiera podido decidir la bomba atómica.»

La segunda jornada de trabajo comenzó con la ponencia de JAVIER TUSELL y GENOVEVA GARCÍA QUEIPO DE LLANO *De una guerra a la otra: España e Italia, 1939*. Los autores centraron su intervención entre abril y septiembre de 1939, período en que se cimenta la amistad italo-española, amistad basada en la historia de la guerra civil, y que se va a consolidar por una cierta comunidad de intereses en los primeros meses de la guerra. España seguirá los pasos dados por Italia en su relación con Alemania: «Tanto las peticiones de material de Alemania como la no beligerancia

entendida cómo prebeligerancia —aquí coinciden los autores con Morales Lezcano y con Durango— fueron actitudes adoptadas por Italia y luego copiadas por España.»

Mussolini quiso influir en la política interior y exterior de España. Buscó la fascistización del régimen y su plena colaboración en la guerra. En el primer caso ponen los autores como ejemplo los viajes de Serrano Súñer a Roma y de Ciano a Madrid. En el segundo, además de las ya conocidas presiones de Mussolini para que España entrara en la guerra, los autores destacan cómo «Mussolini quiso trasladar el centro de gravedad de la guerra desde Rusia al Mediterráneo, y lo hizo apoyándose en que la actitud española no era tan neutralista como pretendía».

España no entró en la guerra y el régimen no se fascistizó definitivamente. Las fuerzas que lo sustentaban eran heterogéneas y no existía un acuerdo entre ellas sobre la política exterior a realizar. «... en el franquismo hubo siempre dos tendencias respecto de política exterior personificadas en Jordana y Serrano, el primero más neutralista y el segundo claramente decantado hacia Italia.» En los primeros momentos de la guerra Franco apuesta por seguir el camino emprendido por Mussolini: de la neutralidad a la no beligerancia, nombramiento de Ramón Serrano Súñer como ministro de Asuntos Exteriores, declaraciones públicas abiertamente pro-Eje..., los acontecimientos bélicos y problemas derivados de la situación española le obligarán a cambiar de política.

Tras el análisis de las relaciones con Italia, ESTER SACRISTÁN pasó a exponer en su comunicación las conexiones con Portugal: *Las relaciones peninsulares durante la Segunda Guerra Mundial. La entente del Bloque Ibérico 1942.*

El Estado Novo salazarista, que había mantenido prudente distancia hacia la progresista II República española, apoyó en todo momento a los militares golpistas. Las relaciones entre la España de Franco y el Portugal de Salazar fueron en un principio buenas. Sin embargo, el estallido de la guerra mundial dificultó ese entendimiento. Portugal adoptó una neutralidad proaliada, mientras que España se colocó en una prebeligerancia a favor del Eje. Por

ello, «la característica que durante todo el período de la guerra tendrán las relaciones peninsulares será de una gran tensión, que se aliviará o recrudecerá según la propia marcha de la contienda».

Por motivos geoestratégicos, la Península Ibérica era considerada por los combatientes una unidad. Si a esto añadimos las antagónicas alianzas de España y Portugal nos encontramos con un teatro de operaciones secundario que puede pasar en cualquier momento —por invasión aliada o nazi— a convertirse en primario. «Para ambos Estados la consigna será, pues, salvaguardar el territorio peninsular de la guerra.»

Fruto de ese esfuerzo serán el Tratado de Amistad y No Agresión de 17 de marzo de 1939, el Protocolo Adicional anexo de 29 de julio de 1940 y el famoso Bloque Ibérico de diciembre de 1942. Ester Sacristán se centró en este último, precisamente por ser el menos estudiado, señalando la existencia de una previa «entente verbal de paz peninsular», fruto de la visita de Salazar a Sevilla en febrero de 1942. Esta entente se mantuvo en secreto. Fue en el viaje del conde de Jordana a Lisboa, en diciembre del mismo año, cuando se hizo pública con el nombre de Bloque Ibérico.

A juicio de Ester Sacristán, Franco intentaba con el nuevo tratado alejar de España el peligro de una intervención aliada, «manteniendo distancias respecto a ambos bandos e incluso buscando para España un lugar en la Europa que saliese de la guerra». Aunque el Bloque Ibérico era «claramente una opción neutralista», Franco no quiso romper abiertamente con Alemania, por lo que exigió que el texto de la declaración fuera lo suficientemente ambiguo como para que ambos bandos, como de hecho ocurrió, lo interpretaran en beneficio propio.

Pero el Bloque Ibérico no fue sólo la resultante de unas tensiones intrapeninsulares. También fue, y en gran medida, la conclusión de una ardua tarea llevada a cabo por la diplomacia inglesa, apoyada por la norteamericana, para alejar a Franco del Eje y conseguir neutralizar la Península.

Tres sucesivas comunicaciones afrontaron las relaciones hispano-inglesas. PABLO

BARROSO, con su *Aproximación al estudio de las relaciones comerciales hispano-británicas en la Segunda Guerra Mundial*, analizó el aspecto económico.

Si con anterioridad a la guerra civil el Reino Unido era el país que mayor intercambio comercial mantenía con España, esta relación se vio truncada con la guerra. Para Barroso, esto se explica por dos razones de índole política: «1) la actitud adoptada por el gobierno británico ante el conflicto español, y 2) la progresiva infiltración alemana en la economía española por medio de la ayuda a Franco».

Con el fin de la guerra civil, las relaciones no mejoraron. Sin embargo, el inicio de la Segunda Guerra Mundial aisló durante algún tiempo a Alemania de España, por lo que esta última tuvo que buscar abastecimientos en el bando aliado, y en concreto en Inglaterra. Esta nueva situación se plasmó en varios convenios firmados en su mayor parte durante 1940. Destaca el acuerdo de 18 de marzo de 1940, que incluye dos convenios: el de Comercio y Pago, «que establece un sistema de *clear-ing* en España y Gran Bretaña para el pago de intercambios comerciales y un sistema parecido al anterior para el pago de las deudas atrasadas», y un Convenio de Empréstito, que consistía en un préstamo de dos millones de libras.

El control de Francia por Alemania volvió a inclinar la balanza comercial del lado germano hasta los últimos momentos de la guerra. La política comercial con Gran Bretaña se caracterizó, a juicio de Barroso, por la inestabilidad, por «una política de bamboleo», acertada expresión generalizable a otros aspectos de la política exterior española.

Luis PASCUAL, con su comunicación *Planes militares británicos -para ayudar al ejército español a resistir la agresión alemana*, analizó el aspecto militar. La persistente negativa de Franco a entrar en la guerra, tras el fracaso de la guerra rápida, le hizo temer una invasión alemana. Puesto en contacto con los británicos, les hizo saber su voluntad de resistencia y sondeó la disposición inglesa a colaborar en una campaña contra Hitler en territorio peninsular.

Para los ingleses era impensable frenar un avance alemán sobre España, por lo que centraron sus estudios en salvar, en la me-

didada de lo posible, el control del estrecho. El primero de los planes presentados, el Ballast, requería la instalación de un aeródromo en el Marruecos español para poder combatir por aire la invasión. Los militares españoles —siempre según Pascual— se negaron a tal concesión si no iba acompañada de un compromiso a luchar en la Península. El plan Sapphic, resultado de la exigencia española, implicaba el desembarco en Cádiz de dos divisiones y de una brigada de tanques ingleses. El plan no fue considerado práctico por Gran Bretaña: «Los planificadores británicos abrigaban grandes dudas sobre la voluntad de resistencia española, y caso de materializarse, sobre su efectividad.»

No se llegó a ningún acuerdo. Ante una invasión alemana los ingleses se hubiesen limitado a tomar Canarias, Azores y Cabo Verde con o sin la colaboración de los gobiernos peninsulares.

Por último, Luis ANTONIO BUÑUEL abordó el aspecto político de las relaciones hispano-inglesas con su comunicación *La embajada del duque de Alba en Londres*. En ella destaca la idoneidad del nombramiento de Alba. Nadie más indicado que él por sus apellidos, títulos, formación y amistades para defender ante el gobierno inglés temas tan indefendibles como la no beligerancia o las continuas declaraciones procedentes de personalidades del régimen en favor del Eje y contra las potencias aliadas. Paralelamente, Alba intentó anular las actividades de los republicanos en Londres, llegando a montar un pequeño servicio de espionaje.

Sus relaciones con los diversos ministros de Asuntos Exteriores españoles no siempre fueron fáciles, disintiendo a menudo de la política oficial. Entre sus éxitos se cuenta el haber informado del lugar del desembarco aliado, y entre sus fracasos, el apoyar negociaciones de paz en los primeros momentos de la guerra. Monárquico convencido, apoyó al nuevo régimen en la medida en que ponía fin a la experiencia republicana y era la antesala de la restauración. El Manifiesto de don Juan y el caso interés de Franco por acelerar la toma del poder por parte del pretendiente le llevaron a abandonar la embajada en Londres.

JESÚS SALAS, en su comunicación *Las escuadrillas expedicionarias a la URSS*, hizo una exposición cronológica de la intervención aérea española en la contienda germano-rusa. Para Salas, el Ministerio del Aire español actuó inteligentemente al prever desde un principio que la guerra con Rusia sería larga, articulando su actuación en tres escuadrillas que se irían sucediendo. Sin embargo, «en la práctica, los turnos llegarían a ser cinco y el tiempo promedio de permanencia algo superior al medio año».

La primera escuadrilla, encuadrada en el VIII Cuerpo aéreo, al mando de Von Richthofen, entró en combate el 2 de octubre de 1941, apoyando al ejército acorazado de Hoth. Sufrió durísimos combates a lo largo de toda su actuación. Derribaron diecinueve aviones y perdieron cisco pilotos. Tras la contraofensiva rusa, la primera escuadrilla fue reemplazada por la segunda, que se incorporó en junio de 1942. Su actuación fue más cómoda. Derribó trece aviones y perdió dos pilotos. La tercera escuadrilla relevó a la segunda el 30 de noviembre de 1942, en plena contraofensiva soviética. Abatieron sesenta y dos aviones a costa de cuatro bajas. La cuarta escuadrilla actuó a lo largo del duro repliegue alemán en el verano de 1943, consiguiendo derribar setenta y un aviones a costa de cinco pilotos. En el otoño, en pleno desconcierto por la retirada, se perdieron tres pilotos más. Por último, la quinta escuadrilla entró en combate en febrero de 1944, siendo repatriada en junio cuando la situación de la guerra obligó a Franco a hacer concesiones a los aliados.

La tercera jomada del simposio se abrió con la ponencia de ÁNGEL VIÑAS *Factores comerciales y de aprovisionamiento en la neutralidad española*. Para Viñas, el factor comercial tiene una importancia capital para entender la política exterior de Franco durante la guerra mundial. España dependía enormemente de suministros del exterior. Esta dependencia no fue superada por la política autárquica llevada por el régimen —expresión de su alineamiento con el Eje—, que Viñas considera fracasada: «No prevaleció la racionalidad económica y los costes de ello derivados •—en forma de privaciones inmensas para el pueblo español— constituyen un punto negro que

tratan de minimizar los panegiristas del franquismo.»

Esta dependencia económica se convirtió en un arma diplomática que los aliados supieron utilizar frente a España. Hubo un permanente chantaje que forzó a Franco a mantener una cierta neutralidad en la guerra. El régimen apostó por el perdedor y ello costó a los españoles sacrificios. La política económica llevada a cabo fue errónea y, junto con el alineamiento con el Eje, «anuló las posibilidades de que España pudiera repetir, siquiera en menor escala, el papel que desempeñó en la Primera Guerra Mundial».

FERNANDO EGUIDAZU, con su ponencia *factores monetarios y de balanza de pagos en la neutralidad española*, insistió en el mismo tema. A su juicio, la escasez de divisas y la necesidad de importar bienes esenciales para la economía nacional contrarrestaron las presiones tanto externas como internas para que España entrara en la guerra mundial, «...parece fuera de duda que la convicción de que la economía española sería incapaz no ya de soportar el esfuerzo productivo requerido por la entrada en guerra, sino aun el mero corte de los suministros occidentales, pesó de forma decisiva en la no beligerancia española.» A estos factores hay que sumar el vencimiento de los préstamos contraídos por Franco durante la guerra civil, fundamentalmente con las potencias del Eje.

Para contrarrestar esta situación, los responsables de la política económica del nuevo régimen llevaron a cabo —según Eguidazu— tres tipos de medidas:

- a) «... un rígido control de cambios, unido a una reglamentación estricta del comercio exterior, cuyos efectos más evidentes serían la distorsión de los esquemas productivos y una proliferación tal de la picaresca y de la corrupción, que lograría teñir desde entonces la actividad de importación de connotaciones negativas»;
- b) convenios de *clearing*;
- c) restricción de importaciones «a costa de mantener el abastecimiento a la población a niveles ciertamente inferiores a los *standards* mínimos de normalidad».

Eguidazu concluye, en plena coincidencia con Viñas, resaltando las inevitables consecuencias de aquella política: vulnerabilidad a las presiones aliadas, que amenazaban con cortar suministros u ofrecían créditos, e incapacidad para aprovechar las ventajas económicas que las guerras ofrecen a los neutrales.

DAVID SOLAR expuso, en su comunicación *La situación tecnológico-armamentística*, el grado de preparación bélica de los estados europeos en el momento de estallar el conflicto. Partió en su exposición de la renovación teórica desarrollada tras la Gran Guerra, que lleva a nuevas prioridades: la aviación, las divisiones acorazadas, los portaaviones y submarinos, defendida por hombres como Douhet, Fuller y Liddell Hart. Continuó analizando la renovación de los ejércitos europeos:

- a) El rearme alemán basado en una doctrina elaborada: ejército ofensivo que rechazará «batallas de posiciones» y que deberá vencer en un tiempo máximo de dos años. Primarán las divisiones acorazadas (Panzer) apoyadas por cazabombarderos (Stuka) y pequeños bombarderos.
- b) Francia adopta una táctica defensiva, crea la línea Maginot apoyada por lentos carros de combate. Desestimarán la aviación como arma decisiva.
- c) Inglaterra, en consonancia con su tradición, primará la armada y la aviación. Por el contrario, descuidará sus fuerzas de tierra.
- d) El ejército italiano carecía por completo de los medios y preparación suficientes.

En 1945, señala Solar, ninguna de las cuatro naciones se encuentra preparada para una guerra mundial. En concreto, Alemania, la potencia agresora, «carecía de una marina importante y sus mejores armas están por llegar». Sin embargo, fue a la guerra convencida de que era el mejor momento: «Entre las múltiples hipótesis barajadas hay una especialmente sugestiva; aunque Alemania no estaba totalmente a punto, era con mucho el país mejor preparado, y Hitler decidió ir a la guerra antes de que el poderío industrial franco-

británico —apoyado por los Estados Unidos— lograra una supremacía de material que hiciera inviable cualquier pretensión alemana.»

JOSÉ URBANO MARTÍNEZ CARRERAS, en su comunicación *Guinea Ecuatorial en el contexto de la Segunda Guerra Mundial*, analizó las repercusiones de la guerra civil española y de la Segunda Guerra Mundial en la colonia española. A su juicio, el período 1939-1945 representa para Guinea un período de crisis económica, ideológica y política. Resaltó la importancia de los archivos ingleses (Public Record Office) para el conocimiento de la historia de Guinea en aquellas fechas, en especial para desentrañar cuál era la actitud de las autoridades coloniales ante la guerra mundial y conocer las actividades alemanas, la situación militar y las condiciones sociales.

Por último, ALBERTO J. LLEONART presentó una comunicación sobre *La Conferencia de San Francisco y la Junta Española de Liberación*. En primer lugar repasó los momentos más destacables del proceso jurídico-político que culminó en la Conferencia de San Francisco (abril-junio 1945), donde los cincuenta estados allí representados suscribieron la famosa Carta, «super-tratado internacional y acta instituyente de la Organización». A continuación entró a analizar el conjunto de actividades antifranquistas que tuvieron su expresión en la moción presentada por el embajador mejicano Quintanilla y que pasaría a formar parte del capítulo III, por la cual lo establecido en la Carta «no podrá aplicarse a Estados cuyos regímenes fueron establecidos con la ayuda de las fuerzas militares de países que han luchado contra las Naciones Unidas, mientras que estos regímenes permanezcan en el poder». Paso decisivo para impedir el acceso de la España franquista a la nueva organización internacional.

Para Leonart, esta moción fue el resultado de las presiones llevadas a cabo por la Junta Española de Liberación, representada en San Francisco por Alborno, Prieto, De los Ríos, Cordón Ordax y Sbert, apoyados fuera de la Conferencia por los «Amigos de la República Española» de Alvarez del Vayo y la «Junta de Unión Nacional» de Negrín. A juicio del autor, los republicanos consiguieron mantener vi-

vo el rechazo a la España nacional por parte de las potencias aliadas y *canalizan*: hacia las nuevas instituciones republicanas las simpatías de la opinión pública internacional y el reconocimiento diplomático de algunos estados.

A modo de conclusiones, me atrevería a señalar una serie de enfoques que han aparecido reiteradamente a lo largo del simposio:

- a) No beligerancia entendida en un primer momento como prebeligerancia, siguiendo el modelo italiano.
- b) Aunque el régimen se identifica ideológicamente con el Eje, no hay un pleno acuerdo entre los diversos sectores que mantienen el nuevo Estado sobre qué política exterior se debe ejecutar. Mientras la Falange es intervencionista, los católicos y la mayor parte de los militares son neutralistas.
- c) La política seudoneutralista ejecutada por Franco fue la consecuencia de una serie de factores contradictorios:
 - su declarada simpatía por el Eje;
 - fracaso de la táctica de guerra rápida que obligaría a España, caso de que entrase en la guerra, a esfuerzos económicos y militares para los que no estaba preparada;
 - la situación económica en que quedó España tras la guerra civil y su dependencia de abastecimientos esenciales respecto a los países aliados hará de ella un estado vulnerable a un continuo chantaje.

- d) En el terreno estratégico, la Península Ibérica es considerada un teatro de operaciones secundario. Su extensión y geografía hace que los aliados desestimen una invasión, incluso si las fuerzas del Eje la ocuparan. Todo su esfuerzo se centrará en mantener la Península *apartada* de la guerra, forzando a Franco a persistir en su ambigua neutralidad.
- e) El resultado será que Franco desarrollará a lo largo del conflicto una «política de bamboleo» entre los contendientes según el curso de los acontecimientos, cuyas inmediatas consecuencias fueron:
 - sacrificios económicos debidos a la política de restricciones a que será sometida España por los aliados, que se sumarán a los provocados por una mala política económica;
 - pérdida de la oportunidad que las guerras dan a los neutrales de hacer buenos negocios;
 - aislamiento de la posguerra.

El I Simposio «España y la Segunda Guerra Mundial» ha supuesto un paso importante en el camino hacia el mejor conocimiento de un período fundamental de la historia reciente de España. Período insuficientemente conocido, todavía en fase de análisis de las fuentes primarias, que no permiten ir mucho más allá de estudios parciales, dando a la historiografía de esta época un tono positivista que sólo se superará cuando, dentro de algunos años, las fuentes hayan sido plenamente trabajadas y sean posibles síntesis más elaboradas.

FLORENTINO PORTERO